

## LA HISTORIA Y LA EXPERIENCIA

EN OPOSICION

CONTRA EL HEROISMO



DE BONAPARTE,

POR

D. A. H. Y C.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

VALENCIA:

IMPRENTA DE JOSEPH ESTÉVAN Y HERMANOS,

PLAZA DE SAN AGUSTIN.

11



## FRANCESES:

**L**a decantada gloria de Napoleon se ha convertido ya en ignominia. Vuestros escritos, vuestras adulaciones, vuestras baxezas intentaban presentarlo á la admiracion de los mortales como un genio benéfico, establecedor del orden, que consolida los gobiernos: como un ingenio sin par, regenerador de las artes y de la industria con que se enriquecen las naciones: como un talento sublime, protector de las ciencias, con que se ilustra el espíritu del hombre, para hacer las delicias y la felicidad de sus semejantes. La historia mentirosa de ese Númen tutelar, en cuyo poder confiais, á la manera de la famosa Cyropedia, es mas bien una pintura de lo que debiera ser Napoleon, que una exácta é imparcial narrativa de lo que ha sido.

Pero la verdad y la razon no se subyugan por mucho tiempo á la violencia. Disípense, quando menos se esperaba, las sombras que obscurecen el brillo de la primera: y el poder de la segunda vence los obstáculos de la injusticia con una intrepidez que aterra á los iniquos. El genio de la historia siempre ha confundido la arrogancia francesa, por mas que ella nos presente sus Héroes imaginarios con unos caracteres tan bellos como distantes de la realidad. Os lo probaré.

Cuenta no poca antigüedad vuestra propension á honrar con el título de *Grandes* los Monarcas que os han gobernado. Pero siempre tuvisteis la mala suerte de que el consentimiento de las Naciones se háya resistido á vuestro dictámen.

Van á cumplirse diez siglos que pretendéis este título, bastante difícil de adquirir, para Carlos el Hijo de Pipino el *Breve*: y á despecho de tan tenaz porfía, jamás podrá el segundo Príncipe de la estirpe Carlovingia purificar la mancha con que afean su gloria los recuerdos de Roncesvalles. Nunca se

olvidarán las palabras de Eginard , que describiendo la derrota de su amo , confesó : *que esta herida , recibida en los Pirineos , abogó en el corazon de Carlos la mayor parte de las felicidades conseguidas en España ; y que no le fue posible la venganza , ni volver por el honor de sus banderas.*

El entusiasmo de vuestra nacion ha querido presentarnos á Enrique Quarto con el nombre de *Grande*. Pero el Conde de Fuentes resistió y domó el ímpetu de su arrijo en Cambray , Chatelet y Durlan , que fueron testigos de la derrota de los Franceses , cuyo Monarca ciertamente no logró el renombre que le dais , mientras aquel Gobernador de los Flamencos estuvo al frente de los exércitos de España. Tampoco lo gozó quando las Guiches y las Verneviles , con sus caricias , hicieron mas de una vez perder el fruto de sus victorias al primer Soberano de la séptima línea de vuestros Príncipes.

Luis Decimoquarto , aquel Monarca tan elogiado de vuestros escritores , aquel cuyas glorias elevaron hasta intentar hacer de su persona una apoteosis política , estuvo tan lejos de merecer el dictado de *Grande* , que antes bien , reconocida su mala fe , muchas ilustres plumas se vieron precisadas á escribir que las infracciones de tratados con los Príncipes vecinos podrían formar una historia completa de la vida política de un Soberano que tanto confiaba en la fuerza de las armas. El grave empeño que se le ofreció de sostener en España los derechos de Felipe Quinto no experimentó siempre constante á Luis : pudiéndose decir con verdad , que las batallas de Brihuega y Villaviciosa , debidas al esfuerzo de casi solos los Españoles , afirmaron para siempre en las sienas de Felipe la Corona que tantas y tan poderosas Cortes coligadas intentaban arrebatarle.

Franceses : desgraciados fuisteis en los conatos de presentar al teatro político , con el título de *Grandes* , tres Monarcas de las legítimas dinastías : pero no sois mas felices quando os atreveis á ensalzar los estraños , á hacerlos venerar como Héroes de la *Grandeza* , y á darles asiento en el Trono de vuestros mismos Soberanos. Por dos veces lo habeis intentado , ambas con perjuicio del honor de los Españoles : y por otras tantas habeis tenido que sentir escarmientos , tan arrogante y jactanciosa temeridad. Un Grie-

5

go y un Corso merecieron vuestra preferencia : pérfido el uno, sacrílego y alevoso el otro, disipándose en humo sus baladronadas, no gozaron tranquilamente las satisfacciones con que se dexaron alucinar.

Bien sabido es, que el dominio de los Godos españoles en el siglo séptimo, se extendia por lo interior de Francia, teniendo los Monarcas la soberanía de Langüedoc, Foix, Narbona, Bearne y Gascuña. Así es, que el Rey Wamba dominaba todos estos países, como legítimo Rey de España. Mas el General Paulo, Griego de nacion y de fe, hombre disimulado y astuto, que teniendo dañado el corazón, sabia encubrir su malignidad, y ganarse con su falso trato, sino el amor, á lo menos el concepto y veneracion de las gentes: este General, digo, á quien el Monarca fió el castigo de la Galia Narbonense, que se habia manifestado rebelde, tuvo la osadía de serlo él mismo, y hacerse proclamar en Narbona *Rey supremo del Oriente, y terrible destruidor de todos los males*. La resistencia que los Franceses hicieron á Wamba, fue igual al empeño que formaron de sostener al intruso.

Pero los Españoles supieron vengar completamente la injuria de su Monarca. Nimes fue el campo de la venganza nacional, el teatro de las glorias Españolas, y el término fatal de los insultos de Paulo. Vencido éste, prisionero, lleno de ignominia, se le conduce á Toledo. Entra en ella montado sobre un jumento, raída la barba, la cabeza rapada, y en ella una corona de cuero, siendo el Rey de burlas, que hizo brillar con todo el esplendor de la Magestad al verdadero Rey, cuyo triunfo llenó de regocijo á sus fieles vasallos. La ruina del tirano fue un exemplo terrible á los malvados, que usurpan el trono á que no los conduxo otro derecho, que el de la ambicion, la astucia y la perfidia.

Franceses, ¿ha escarmentado vuestra Nacion con este mal suceso? ¿Debió él jamás apartarse de vuestra memoria? ¿No dió motivo á San Julian de Toledo para escribir aquella famosa declamacion, que tan al vivo pinta las tramas de los iniquos, siendo al mismo tiempo un monumento eterno de la eloqüencia del Santo, y del valor de los Españoles? Ah! nuestro siglo ha visto con horror y con lágrimas la



repetición de una parte de aquella tragedia. Se espera verla concluida dentro de poco tiempo, con satisfacción de los verdaderos Franceses, y con aplauso universal de las Potencias de Europa. Todas se interesan en las resultas, porque todas toman parte en vuestra felicidad.

En efecto, ¿no vieron todas en nuestros días encenderse un fuego voraz en lo interior de Francia, que tomando pábulo en los tronos, y en los que los ocupaban, ó tenían derecho á ocuparlos; en los Templos y Altares, y en los que estaban consagrados á su servicio y custodia; en los doseltes de la Magistratura, y en los que la exercian segun los derechos de una sabia y antigua constitucion? ¿no vieron, repito, que este mismo fuego extendia sus furiosas llamas para incendiar al universo? Las conmociones populares, dirigidas sin plan y sin objeto circunstanciado, fueron un pretexto, como lo han sido siempre, para desahogar los odios personales, y para conducirse al establecimiento de las opiniones absurdas, con que los ingenios orgullosos querian conciliarse crédito, á costa de las autoridades políticas y religiosas.

Ello es, que la Francia temió acercársele su completa desolacion. Toda la Europa se vió en la necesidad de alarmarse para contener el ímpetu de los facinerosos, cuyos insultos aspiraban nada menos, que al trastorno de toda potestad legítima. El gobierno mas injusto, por mas sanguinario era el mas respetado de los Franceses. Los nombres lisonjeros de paz, de armonía, de igualdad, de fraternidad, de salud y de seguridad pública, servian de velo para la tiranía, para el pillage, para el asesinato. Los Xefes, que presidian á cada nuevo gobierno, adoptaban una hipocresía de estado, siempre contraria al extremo que motivó la muerte, ó la deposicion de los que les precedieron. Así es, que siempre reynó el dolo, la perfidia, la doctrina de Maquiavelo, hasta que un hombre obscuro, un hombre que no pudo encontrarse en Francia, un hombre á quien el temerario arrojó, y cierta vil é infame condescendencia, mas bien que la prudente fortaleza de ánimo, hicieron preferir entre los fanáticos entusiastas de la libertad, fue puesto al frente del Gobierno para conservarla; pero se la quitó á los mismos que lo exáltaron, y formó el plan de borrar sus de-

7

rechos, sometiéndolos á la mas bárbara esclavitud. Beneficios tan extraordinarios, legitiman la posesion que ha tomado de tantos paises Napoleon Bonaparte, en el concepto de los Franceses.

La ambicion desmedida de este usurpador, cree ser muy estrechos los límites de Xefe subalterno para el ejercicio de su poder sanguinario. Como General, quiere tener sujetos á los demás Xefes. Como Cónsul, se hace proclamar el primero entre los tres electos. Como preferido, hace que le reconozcan por diez años. Como prorogado, intriga hasta declararse vitalicio. Como perpetuado, se adjudica el poder hereditario, quando se reserva el derecho de la eleccion. Como hereditario enreda, pasmando á toda Europa, hasta ser proclamado Emperador.

Y ¿á quién debe todas estas glorias? Al Pueblo que le reconoce? A los Departamentos que lo piden? A la Nacion que lo promueve? Ah pérfido! Desapareció ya tu mentido heroismo. El está en contradiccion con la historia y la experiencia. Como tú quieres persuadir á otros, que todos los Príncipes, hasta tu exáltacion, fueron en todas partes opresores del Pueblo, brindas á éste con la libertad que jamás ha logrado ninguno de tus súbditos: seduces á este mismo Pueblo: fascinas á sus Xefes: decides con arrogancia: exclamas en tono de Oráculo inspirado: *Escuche aquel que tiene oidos para oir. La hora de la resurreccion política ha llegado para todos los Pueblos que gemian baxo la opresion.*

Precedidas semejantes arengas en Egipto y en todas las regiones por donde transita Napoleon, cuenta para sus ascensos los votos de los Franceses. Abre registros en que se hagan constar; pero lo executa de un modo, que el temor de un poder vengativo preocupa la libertad de las elecciones. No son los votos secretos. El que los da se vé en la precision de poner su nombre y rúbrica en seguida de su dictámen. El temor del resentimiento en un poderoso, no permite que dexé de aterrar la imágen de la venganza. El interés y la gloria de la Patria se sacrifican á una vil lisonja, y á un indecoroso envilecimiento. Violentada la mayor y mas sana parte de aquel desgraciado pais, se pretende por los partidarios del tirano quede sepultado el odio con que le detestan los hombres de bien. Napoleon los ciñe con do-

radas cadenas, que forja él mismo: cadenas que deslumbran con su falso brillo, y que no son apreciadas por opresoras de la libertad. Libertad! Ah! ; Qué libertad ha de haber jamás donde se extienda el brazo de un usurpador! ; Y qué tirano puede presentar legítimos títulos para la usurpacion? Napoleon no los presenta para entrar en Egipto, y hacerlo Colonia de la Francia. Napoleon dice á Sulcyman en la extravagante conferencia de las pirámides, unas palabras que siempre estarán contra el violador de todos los derechos. *Si el Egipto es posesion del Mameluco, manifieste la escritura que Dios le ha hecho.*

Sagrado Vicario de Christo en la tierra, Emperadores de Alemania y Rusia, Reyes de Nápoles, Cerdeña, Portugal, Prusia, Dinamarca, Suecia, é Inglaterra; Repúblicas de Venecia, Génova, Holanda, Luca y Ragusa; Príncipes Electores, y demás de la antigua Constitucion Germánica, ya me parece que os veo á todos tomarle la palabra á este monstruo de los bandidos, y clamar todos unánimes á la faz del universo: *Si la Europa es posesion de Bonaparte, que enseñe la escritura que Dios le ha hecho.*

Decís muy bien, Príncipes Augustos; pero entre vuestro dicho, y el de aquel ladron insidioso, aparece la notable diferencia, de que él habla para robar mas á salvo; y vosotros habláis para manifestar la injusticia con que se os despoja.

De manera, que aunque el Sumo Pontífice no reconozca en Napoleon, quando recibe la consagracion y la diadema, un Pipino de Francia, que destina á su propio hijo para que venere cien millas antes de la Capital al sucesor de San Pedro: aunque no se encuentre con un Soberano que sale en persona con toda la Real Familia, para recibirle á tres millas de la Corte; que se arroja de su caballo, se hinca de rodillas, besa su pie, le acompaña como escudero al lado de su litera, y le concede quanto le pide á favor de la silla Apostólica: aunque no reciba de Bonaparte obsequios iguales á los que experimentó el Papa Estévan en el sucesor de Pipino: aunque por último se vea despojado del patrimonio de San Pedro; sienta la separacion del sacro Colegio; lllore vulnerados los derechos mas inviolables, y respetados aun por los Alaricos y los Atilas: sin embargo, Pio Séptimo no debe manifestar su resentimiento. Porque Napoleon todo lo executa por decretos, á que es imposible resistirse. El mismo lo asegura, y es menester creerlo,



9  
porque así lo testifica en su original diálogo con los Muf-  
ti: *si yo por orden superior he disminuido las posesiones tempo-  
rales del gran Vicario de Christo, he procurado defenderle y am-  
pliarle las espirituales y celestiales.....* Pero ¡no es fuerte co-  
sa, que desde que el benignísimo Bonaparte dixo tales pa-  
labras, se rompen los cascos hombres que no son lelos, y  
al cabo de tantos dias las han encontrado tan verdaderas co-  
mo los textos del Alcorán!

Por mas que los Príncipes y Monarcas del siglo presente  
sufran el dolor de ver desquiciarse los Tronos en que esta-  
ban colocados, debiendo la soberanía á los derechos mas le-  
gítimos; no por esto deben persuadirse á que esto sea violentar-  
los, ó despojarlos. La razon es clara, si traemos á la memoria,  
que en 27. de Diciembre de 1804. ha declarado el verídico Na-  
poleon á la cabeza del Cuerpo legislativo: *Que no quiere en-  
sanchez el territorio de la Francia; pero sí mantenerlo íntegro.  
Que no tiene la ambicion de ejercer en Europa mayor influxo; mas  
no quiere decaer del que ha adquirido. Que ningun estado se in-  
corporará al Imperio; pero no sacrificará sus derechos, ni los vín-  
culos que le ligan á los Estados que ha creado.* No crean pues  
los Soberanos á sus propios ojos, ni á sus funestas experien-  
cias, que están pugnando con una declaracion tan modesta,  
tan solemne, tan autorizada; pero crean sí, que nadie  
ha mentido en el mundo con mas descaro, ni mayor des-  
vergüenza que Napoleon.

Sí, potentados de Europa, que veis esas nuevas Coro-  
nas de Nápoles, de Italia, de Holanda, de Westfalia, de  
Wurtemberg, de Saxonia, fabricadas con el oro y las rique-  
zas que os ha robado el padre del latrocinio. No temais:  
él dice, *que han llegado los dias de la regeneracion política* El  
exclama: ¡Desdicha, y tres veces desdicha para aquellos que bus-  
can las riquezas perecederas, y que solicitan el oro y la plata  
semjantes al lodo! Vaya! ¡Sino parece, sino que los Ana-  
coretas de Egipto, los Cenobitas de Palestina, y los As-  
cetas del Asia resucitan asombrados, salen presurosos de sus  
humildes sepulcros, y vienen dóciles á tomar lecciones de este  
nuevo héroe de la pobreza evangélica! Tal es su doctrina  
teórica. Y la práctica? Tan parecida á aquella como Napo-  
leon á un Rey de España.

Franceses: yo vuelvo á dirigiros la palabra. Está ya des-

cubierta la vanidad de vuestro empeño. Carlos, Enrique y Luis, vuestros Reyes legítimos, fueron Soberanos buenos para sus vasallos; pero no dignos de que las naciones los aclamen *grandes* por antonomasia. Paulo y Napoleon subieron al trono que les prepararon sus ardides y sus violencias. Se hicieron dar ambos títulos pomposos, para los cuales jamás tuvieron el mas pequeño mérito. No se ha contentado el entusiasmo veleydoso de los prosélitos de la iniquidad con el renombre de *grande* para el último. Un atrevimiento sacrilego y escandaloso usurpa los atributos con que el ser Supremo se distingue de las criaturas. La vil lisonja proclama *Todopoderoso* al monstruo de toda maldad. Pero el ser Supremo ha tratado ya de castigar al impío. Ha confiado la venganza de sus ultrajes á la Nacion española. El monstruo debe ser exterminado de la tierra, que ya no le puede sufrir. La España, por demasadamente fiel, por excesivamente sumisa, por indisolublemente ligada al precepto de su Monarca, tuvo la desgracia de apoyar sin restriccion las resoluciones del feroz Caco de la Europa y del Merlin de la Diplomacia.

Mas en el momento de descubrir, que ella misma debe ser sacrificada con la Dinastía que la gobierna, por la enmascarada barbarie de aquel que se intitulaba *Protector de la España*; en aquel punto se reviste de su antiguo carácter. Se acuerda de los tiempos y dias aciagos, en que por las divisiones intestinas de la discordia, experimentaron nuestros mayores alternativamente, el yugo de los Fenicios, de los Cartagineses, de los Romanos. Se acuerda que la desunion ciñó á los *Godos españoles* por mas de siete siglos, con las prisiones de los Arabes. Se acuerda, que la oposicion de intereses en las memorables *Comunidades*, hizo derramar inútilmente arroyos de sangre en lo interior de nuestra Península. Se acuerda por último, que las contradicciones formaron de la Metrópoli de nuestra Andalucía, un objeto para las justas iras de la Reyna Católica Isabel, cuya prudencia sola pudo tranquilizar los ánimos de los naturales, divididos por las facciones de Ponces y Guzmanes, que inconsideradamente corrían á exterminarse.

Pero tampoco olvida España, que quando la union, la concordia y la buena fe reynaron en la Península, burla-

ban la astucia mercantil de los Fenicios, despreciaban la perfidia de la Grecia, resistian la mala fe de Cartago, inutilizaban las impudentes arterias del Senado de Roma, arrojaban al Africa la infame raza de los Arabes, contenian el poder desmesurado de los Ricos-Hombres; y haciendo que la España fuese formidable á los extraños, la conciliaban el respeto y la admiracion del universo.

Así es, que tratando los Españoles de defender su Patria, su Rey, su católica Religion contra un tirano que la insulta, que la sorprende, que la profana, les parece que oyen decir á un Tito Livio, que los Españoles son una gente feroz, que no puede vivir sin pelear: á un Francisco Primero de Francia, que aseguró sacaban las armas del vientre de sus madres, y nacian armados: á un Peterborug, que viniendo á apoyar los derechos de Carlos de Austria contra Felipe de Borbon, exclamó al entrar en España: *Hemos venido à despertar á estos leones; algun dia nos pesará.* Pesóles y bastante.

Franceses: y os pesará á vosotros? ¿Les pesará á vuestros fanfarrones Generales? ¿Le pesará al robador de todos vuestros derechos? Despertásteis ya al Leon. Se ha esperezado. Ha sacudido sus guedejas. Ruge; y sus rugidos despiertan los generosos cachorros de todas las Provincias. Sus garras se preparan á destrozar vuestros Exércitos. Las eras de Zaragoza, los campos de Manresa y Tarragona, las huertas de Valencia, y las Sierras de Andújar, no pueden contar las víctimas que sacrifica á su justa venganza. ¿En dónde está el héroe que defendía en Marengo, en Jena, en Friedland, en Austerlitz? En aquellos campos de batalla movió armas, que en España se han embotado. En aquellos campos reynó la perfidia sobre el valor, que jamás abandonan los Españoles. En aquellos campos se formó la mentida relacion de triunfos imaginarios, que desconoce nuestra Península.

El nombre de vuestro Emperador va seguido en ella del desprecio y del aborrecimiento. Ya está recorrido el alfabeto de los nombres ignominiosos, y de los adjetivos infames, aplicándolos á vuestro predilecto Corso, sin que las voces hayan servido de desahogo al justo resentimiento de los Españoles. Ellos corren á las armas con un heroismo, de que no hay exemplar en las historias. Murat, el digno substituto de su buen cuñado, con el dolo y la astucia, extrae de Madrid la espada de Francisco Primero, que nuestros mayores conquistaron con el valor. Conducid ahora al Museo Napoleon, pero con cuidadoso esmero para

no desgraciarlo, el gracioso edificio del Escorial. Pues si no quereis que aquella espada nos recuerde á Pavía, este monumento, mientras esté en España, nos reproducirá la memoria de San Quintín. No tengais ese remordimiento. Mas tampoco tendréis el gusto de que la dinastía de Bonaparte ocupe el Trono de la España, privada de tales recuerdos de su antiguo valor. El carácter del Déspota se ha descubierto por la experiencia. Los Españoles lo aprecian en lo que vale.

Un Oficial francés ha dicho, que *Napoleon posee el arte de dar batallas; pero carece del don de ganar corazones.* Pues sepa Napoleon que los destinados para Monarcas de España, sino reynan primeramente en el corazon de los verdaderos Españoles, jamás reynan en la Península. Cuéntense los corazones conquistados por José Bonaparte y quedarán contados los votos que tiene para el Cetro de España. Decídselo al mismo: decídselo á su hermano: decídselo á toda su estirpe reciencada de la obscuridad y de los ángulos mas recónditos de la Europa. Decid á todos ellos y sabed vosotros, que preguntando un gran Político, y grande afecto á Felipe Quinto ¿qué hacian los Andaluces quando desembarcaban en Rota los Ingleses y aliados? y diciéndosele, que huían y abandonaban sus casas y caudales, retirándose tierra adentro; respondió: *Pues Rey tenemos.*

Y ahora que todos los Españoles no huyen, sino se arman: ahora que no desamparan sus casas, sino las fortifican: ahora que no abandonan sus caudales, sino los ofrecen para la defensa comun: ¿no dirá todo buen político: *Pues Rey tenemos?* ¿Y quién es este Rey? FERNANDO SEPTIMO: el general y únicamente amado FERNANDO SEPTIMO: el que á pesar de Napoleon y de sus jactanciosos axiomas, *tiene once millones de amigos, aunque ha dexado de ser dichoso.* Esto lo sostiene con la espada y con el exemplo un Pueblo á quien nadie puede vencer, porque quiere ser independiente, sino falla el Oráculo de la Córrega.

Esta es la voz universal de la España, de un país en que no se encuentran Suleymánes, Ibrahines ni Muhamedes, que se estremezcan y se queden con la boca abierta, al oír decir al Padre de las patrañas enáticas: *Un carro celeste subirá por mis órdenes hasta la morada de las nubes, y baxará el rayo sobre la tierra, por un hilo de metal, quando yo lo haya mandado.*

Por nada de esto temen los Españoles. Saben ellos muy bien que en Sevilla, Sargadelos, la Cavada, Toledo, Albacete, Placencia y Villafranca, se imprimen muy eficaces conjuros contra aquéllos metéoros y otros semejantes, que forma en el ayre y en la tierra la carcomida y vacilante *Omnipotencia* de Bonaparte.